

TAJ MAHAL

Una lágrima de mármol blanco

EL MAUSOLEO CONSTRUIDO POR SHAH JAHAN PARA SU ESPOSA QUERÍA PLASMAR LA PERFECCIÓN DEL PARAÍSO EN LA TIERRA

Texto de JORDI FERRANDO I ARRUFAT

El Taj Mahal aparece hoy tan inmaculado como en el momento de su construcción. Su mayor enemigo es la polución y, para combatirla, desde 1994 está prohibido el establecimiento de nuevas industrias en Agra.



© ORJOL ALAMANY

Declarado en el año 1983 Patrimonio de la Humanidad de la Unesco, el Taj Mahal es el icono arquitectónico más visitado de India, tanto por los turistas que vienen de Occidente como por los propios habitantes del país, como este grupo de sijs que posa para una fotografía.

La ciudad de Agra todavía duerme. Las calles están desiertas, silenciosas porque el sol no ha salido. Sólo algunas personas se mueven, a pie o en el típico triciclo a motor indio. Todas ellas, indígenas o extranjeras, convergen en un solo punto: el Taj Mahal. Construido en el siglo XVII por orden del emperador mogol Shah Jahan, esta joya arquitectónica se ha convertido en el monumento más famoso y visitado de India, no sólo por sus formas perfectas y realización impecable, sino también gracias a la historia que dio origen a su creación.

La esposa preferida del monarca, Mumtaz Mahal, “la elegida del palacio”, murió prematuramente después de dar a luz su decimocuarto hijo, una niña. El dolor que sintió Shah Jahan con su desaparición desencadenó la planificación del que debía ser el monumento más bello y refinado de la tierra, y para cuya construcción no se escatimaron gastos. Du-

rante más de dos décadas, 20.000 trabajadores, entre proyectistas, artesanos y obreros, edificaron piedra a piedra la réplica terrena de la casa de Mumtaz Mahal en el paraíso.

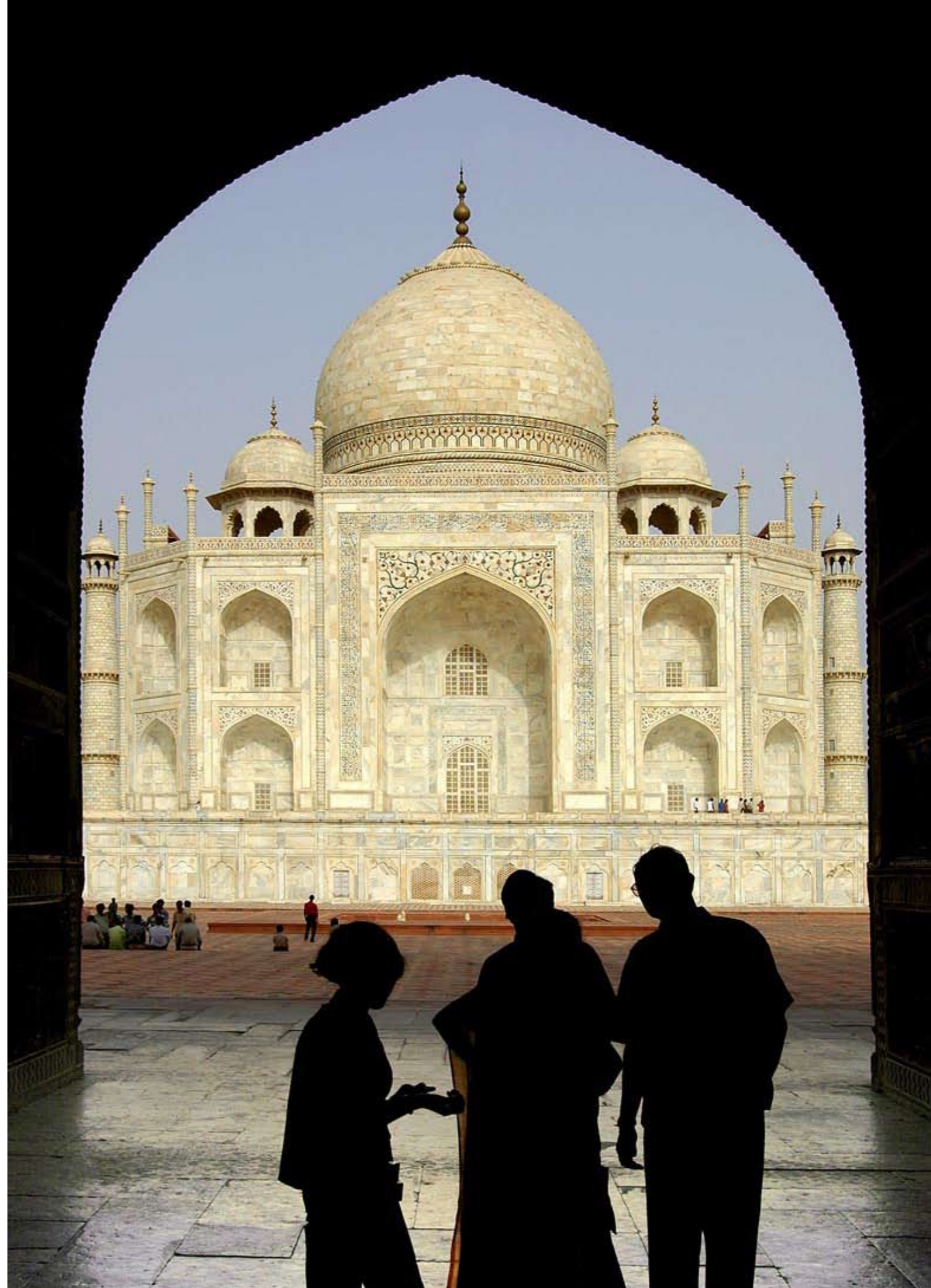
Con el despuntar del día se abren las puertas del complejo y una discreta muchedumbre se prepara para vivir una jornada especial. Todos los madrugadores están ansiosos por ver el famoso mausoleo, pero su visión se hace esperar, ya que un riguroso control de policía despoja a los visitantes de cualquier objeto que pudiese dañar este frágil patrimonio de la humanidad. La espera acentúa la curiosidad y permite dar una ojeada al amplio patio de entrada, el cual, ya en tiempos pasados, servía para acoger a las personalidades que visitaban la tumba. No cuesta mucho imaginarse el lugar repleto de ricos sultanes y marajás descendiendo de sus cabalgaduras, ya fuesen caballos, camellos o elefantes, y dirigiéndose al descubrimiento del monumento.

Muchas fotografías se han realizado del Taj Mahal, pero cuando se atraviesa por primera vez el espléndido portal que da acceso al patio interior ninguna imagen puede reflejar la sensación experimentada en ese instante. No son sólo la armonía del conjunto y la cándida luz emanada del blanco mármol las causas de tal emoción, sino también la transición del bullicioso mundo exterior al tranquilo oasis de paz que se respira



El autor...

Jordi Ferrando i Arrufat es arquitecto, fotógrafo y alpinista. Combina profesión, pasión y afición, y ha encontrado en el subcontinente indio su meta ideal. Ahora prepara un reportaje sobre los lugares sagrados del peregrinaje hindú en el Garhwal Himalaya.



© ALDO PAVAN



© IMBA / GRANANGULAR

A principios del siglo xx, el Taj Mahal se hallaba muy abandonado y había sido objeto de actos vandálicos, por lo que tuvo que ser restaurado en profundidad. La intervención devolvió al monumento su esplendor y su milagrosa blancura, hoy cuidada con especial esmero.

nada más sobrepasar el dintel. La repentina visión del mausoleo, perfecto en todos sus detalles, recortado sobre un cielo que resalta su pureza, acalla repentinamente el bullicio de las comitivas, de los compañeros de viaje, de los mendigos y de los guías más o menos oficiales. El Taj Mahal hipnotiza, petrifica al incauto visitante que pensaba estar vacunado con sólo el hecho de hojear un buen libro sobre India. El Taj Mahal golpea primero, y lo hace directamente en las pupilas.

Este efecto no es nada casual, ya que refleja el deseo de los proyectistas por señalar el paso del mundo material al reino de los cielos. De hecho, el jardín que antecede al mausoleo simboliza el paraíso musulmán, concebido como un lugar lleno de vegetación, y su organización en un cuadrado perfecto dividido en cuatro partes iguales (de ahí su nombre, *charbagh*, que literalmente significa “cuatro jardines”) sigue fielmente el esquema de los jardines persas. Esta cuádruple división se realiza por medio de canales de agua que parten de una fuente en el centro y siguen las direcciones de los puntos cardinales, dando lugar a los cuatro ríos de la abundancia: agua, leche, vino y miel. Desgraciadamente, una gran parte de la vegetación original del jardín se

ha perdido, pero si pensamos en la atención que Shah Jahan dedicó a la construcción del complejo, no nos será difícil pensar que debía de tratarse de un auténtico vergel.

El reino de la simetría

Caminar lentamente por el *charbagh* ayuda a comprender el grado de refinamiento extremo con el que fue concebido el Taj Mahal. La simetría, tanto horizontal como vertical, es, con permiso de Mumtaz Mahal, la reina absoluta del lugar. El magnífico edificio central se encuentra escoltado por cuatro minaretes ligeramente inclinados hacia afuera para que, según la teoría más plausible, no dañen la cúpula principal en caso de caída. A ambos lados se encuentran dos construcciones casi idénticas: la mezquita, que sirve como lugar de oración, y el *jawab*, una especie de centro de acogida para visitantes. Aunque se presume que este último edificio se realizó para evitar un posible desequilibrio estético.

Ningún límite se puso a la creatividad y si un elemento, ya fuera material o intelectual, no se encontraba en India, se traía o se compraba al precio que fuese. El amor del emperador por su difunta esposa era grande, como también lo era



© P. SEIX / GRANANGULAR

su deseo de pasar a la posteridad y de dejar huella imperecedera de la magnificencia de su reino. La voluntad de crear “una obra maestra para las generaciones futuras” repercutió en unos costes desorbitados, que sólo un imperio como el mogol podía sostener. En esa época, Agra era, con más de medio millón de habitantes, una de las ciudades más pobladas del mundo, por delante de Londres, París o Constantinopla. El reino administrado por Shah Jahan, con cien millones de almas, ostentaba el título de la potencia musulmana más grande jamás creada hasta ese momento, y no es de extrañar que el Taj Mahal sirviera como excusa para mostrar hasta qué punto esa afirmación era cierta. Para comprender el poder y la riqueza del soberano, basta decir que cada año, con motivo de su cumpleaños, el equivalente al triple de su peso se distribuía en beneficencia en forma de oro, plata y joyas.

Como no podía ser de otra forma, la elección de los materiales fue todo menos casual: se utilizó piedra arenisca roja para los edificios y muros exteriores, y se reservó el preciado mármol para el mausoleo que alberga el cuerpo de la emperatriz. En la tradición hindú, estos materiales se asociaban a las castas de los guerreros y a los sa-

cerdotes, respectivamente, pero su empleo en el Taj Mahal fue toda una declaración de intenciones: Shah Jahan proclamaba a los cuatro vientos que en ese momento la dinastía mogol lo era todo en India. Por si fuera poco, la decisión de emplear el blanco fue una especie de herejía para los musulmanes, ya que ese color se reservaba exclusivamente para las tumbas de los santos.

Es precisamente el mármol el causante de la segunda cascada de emociones que asalta al visitante. Una vez llegados al basamento sobre el cual se alzan el mausoleo y los minaretes es obligado, por tratarse de un lugar de culto musulmán, quitarse el calzado para no contaminar el lugar que se va a recorrer. Algunos turistas, reacios a tal prácti-

El mausoleo de mármol con las tumbas de Mumtaz Mahal y Shah Jahan es el principal foco de atracción de los turistas, aunque el conjunto presenta también otros edificios de interés, como el *jawab* (una especie de lugar de acogida para los visitantes) y la mezquita, ambos de arenisca roja.

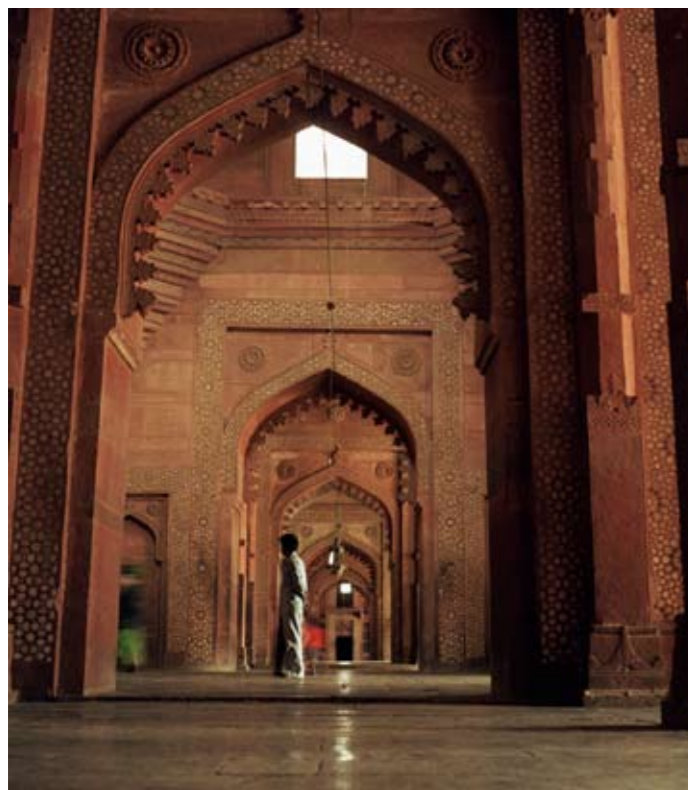
▶ Cuando visitar el enclave

Los precios de las entradas, las aglomeraciones y el calor son algunos factores que hacen muy importante acertar el mejor momento para visitar el Taj Mahal. Si el viajero es madrugador, el amanecer es una hora mágica: el aire es fresco y la luz matutina va alumbrando el edificio, que cambia de morado oscuro a dorado, pasando por azul. Si lo que se quiere es verlo de noche, también se puede, aunque con muchas limitaciones por cuestiones de seguridad. Más información, en la oficina en el sitio del Archaeological Survey of India (<http://asi.nic.in>).

Fatehpur Sikri, la ciudad perfecta

La efímera capital es un magnífico ejemplo de la exquisitez de la arquitectura mogol

El Taj Mahal se ha convertido, merecidamente, en una de las imágenes que identifican India. Pero esta obra de arte no es el fruto de la improvisación de un monarca iluminado, sino más bien la evolución de un estilo arquitectónico, el árabe-persa, que se fue contaminando y enriqueciendo gracias al contacto forzado con las construcciones locales hindúes. Las cúpulas, los minaretes, los mosaicos y la geometría se mezclaron con los pórticos, las columnas cuadradas y la rica ornamentación tradicional del subcontinente, dando lugar a algunos de los monumentos más bellos del planeta, muchos de ellos catalogados por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad.



Interior de la mezquita de Fatehpur Sikri, dominada por elementos persas e hindúes.

Sin ir más lejos, además del ya citado mausoleo de la reina Mumtaz Mahal, en Agra se encuentran el Fuerte Rojo y la ciudad, hoy abandonada, de Fatehpur Sikri. Quizá sea esta última, por sus dimensiones y el excelente estado de conservación en que se halla, el mejor ejemplo para aprender cómo era la organización del Imperio mogol en la India del siglo XVII.

Construida como residencia permanente del soberano Akbar, "la ciudad perfecta" era la expresión tangible de la *Din-i-Ilahi*, una filosofía elaborada por el mismo emperador que predicaba la tolerancia y el respeto entre las religiones. Sirvió de capital durante sólo catorce años y, aunque nada está demostrado, la teoría más fiable atribuye su abandono a la escasez de agua.

Su fundación, en cambio, está bien documentada. Su origen se halla en una profecía que hizo el místico sufí Shaikh Salim Chishti sobre la futura descendencia del monarca. Para celebrar las buenas nuevas (nacieron tres varones, como el vidente había predicho), Akbar ordenó trasladar su corte a Sikri, el pueblo natal de Chishti. La tumba de éste, un pequeño y exquisito sepulcro de mármol blanco situado en el centro de la plaza de la mezquita, es todavía hoy visitada diariamente por todas aquellas mujeres que desean concebir un hijo.

Pero, sin duda, el lugar más espectacular del complejo es el recinto fortificado que alberga los edificios y dependencias de la corte real. La visita a esta "ciudad fantasma", como se la conoce en la actualidad, transporta al hombre moderno a un tiempo lejano, irreal, hecho de grandes espacios, de patios, de luz, de tierra y de piedras.

La capital pasa a Delhi

En los últimos años de dominio mogol, la capital del imperio pasó de Agra a Delhi, y fue Shah Jahan quien dejó una huella más profunda de su presencia en esa ciudad, al construir el extenso Fuerte Rojo, la Jama Masjid (la mezquita más grande de India) y lo que hoy se conoce como la Vieja Delhi, la ciudad de Shahjahanabad. Antes de él existían ya algunas construcciones ilustres en Delhi, como la tumba de Humayun, la única que todavía conserva un jardín con la disposición original de los canales, o el complejo del Qutb Minar, que incluye la primera mezquita levantada en India (hoy en ruinas), un minarete que supera los 70 metros de altura y una columna de hierro tan puro, que los expertos aún no se explican como fue posible forjarla. Todas estas joyas hablan de un tiempo de grandeza y de conquistas militares, pero también de mestizaje, a la vez que muestran al viajero, como bien se encarga de promover el ente nacional para el turismo, que de Indias hay muchas, y que todas ellas son fascinantes y dignas de mención.



© GONZALO M. AZUMENDI

ca, utilizan bolsas de plástico para cubrirse los pies y con ello eliminar cualquier posibilidad de contacto. Un contacto éste que permite al visitante sentir el Taj Mahal, subir desde el pavimento y penetrar en lo más profundo de su ser. Sin ese contacto, sin ese intercambio de calor y frío entre el hombre y la arquitectura, el tiempo pasado en el recinto se reduce a una mera contemplación. En cambio, caminar descalzo y tocar, acariciar la superficie increíblemente elaborada del edificio supone dialogar con él y comprender una parte del mensaje que sus creadores quisieron legar a la posteridad.

Piedras preciosas engarzadas

El sencillo gesto de acercarse a las paredes permite también descubrir la que es la mayor riqueza del Taj Mahal: la milagrosa labor de engarce de piedras duras sobre el mármol. En ningún otro lugar del planeta esta técnica de decoración, conocida con el nombre de *parchin kari*, ha alcanzado tal perfección: jade, amatista, ónix, lapislázuli, madreperla, turquesa y otras 37 variedades de piedras semipreciosas dibujan sobre el blanco mármol un sinfín de motivos geométricos, florales y caligráficos. En el interior del mausoleo es donde esta demostración de artesanía alcanza su

máximo esplendor: plantas y flores tapizan suelo y paredes en una clara alusión a la idea del edén ultraterrenal. Parece como si en un campo de nieve pura hubiese explotado la vida.

Y es en este lugar donde se descubre la única anomalía de todo el complejo: al lado del cenotafio de Mumtaz Mahal, situado en perfecta posición central, se encuentra también el de su marido, claramente en asimetría con el resto de elementos. Shah Jahan no tenía prevista esta ubicación, pero su hijo y sucesor Aurangzeb decidió enterrarlo al lado de la querida esposa. Mínima consolación para un padre destronado por la fuerza y encarcelado durante los últimos ocho años de su vida en una habitación desde donde el único contacto con su gran amor era a través de una ventana con vistas al monumento.

Lejos de ser un hecho puntual, las guerras intestinas por la sucesión al trono eran moneda corriente entre la dinastía mogol. Babur, conocido como el Tigre, fue el primero de la estirpe. Descendiente de Gengis Khan por parte de madre, llegó a India en 1526 ante la imposibilidad de conquistar la mítica Samarcanda. Derrotó al sultán de Delhi y estableció en Agra la capital de lo que iba a ser un nuevo imperio. Le siguió Humayun (1530-1556),

Rabindranath Tagore dijo del Taj Mahal que era "una lágrima en el rostro de la eternidad", mientras que el novelista británico Rudyard Kipling vio en el monumento "la personificación de todo lo puro". Según la leyenda, Shah Jahan quiso construir para su propia tumba una réplica exacta, pero en mármol negro. Su hijo Aurangzeb lo destruyó antes de que pudiera realizarla.



Al otro lado del río

Yamuna, con el Taj Mahal como telón de fondo, los más jóvenes llevan a cabo sus juegos, arrastrados por el transcurrir de un tiempo al que el monumento parece ajeno. En el interior del conjunto, todo, incluido el diseño del pavimento, expresa la obsesión por la geometría y la simetría de los arquitectos mogoles.

© P. SEUK / GRAN ANGLIAR



hombre de cultura más que de armas, el cual perdió el poder y fue expulsado del reino. Lo recuperó catorce años más tarde con la ayuda de un ejército persa, aunque murió poco después a causa de un accidente. Su heredero fue Akbar el Grande (1556-1605), quien cambió la faz del norte de India para siempre. Además de maravillas arquitectónicas construyó una sociedad tolerante basada en el respeto hacia la cultura hindú. Durante su mandato extendió los confines del imperio hasta el golfo de Bengala y sentó las bases de una estabilidad política y social que permitió a su sucesor, Jahangir (1605-1627), vivir casi exclusivamente de rentas. Con Shah Jahan (1627-1658), el “emperador del mundo”, el reino se llenó de obras de arte mientras que su hijo Aurangzeb (1658-1707) sentó, con su intolerancia y despotismo, las bases para la decadencia del imperio.

Vuelta al mundo terrenal

El atardecer se acerca y el Taj Mahal siente su influjo. El mármol cambia de color y se transforma paulatinamente en oro, rojo, rosa y finalmente en azul con la llegada del ocaso. Es el momento en el que los visitantes deben deshacer el camino y abandonar el recinto, pero el magnetismo del mausoleo es tal, que a cada paso entran ganas de girarse para contemplar aún esta maravilla. En el umbral del portal, punto sin retorno a partir del

cual se entra de nuevo en el mundo “terrenal”, la última mirada está cargada de gratitud y sentimiento. Para los más inquietos todavía queda otra oportunidad: atravesar el río Yamuna y descubrir los restos de lo que se supone tendría que haber sido otro jardín, simétrico al *charbagh*. Desde aquí el monumento ofrece una vista insólita, casi extraña debido a la soledad del emplazamiento.

Ríos de tinta se han publicado sobre la magia del Taj Mahal, pero quizás uno de los comentarios más acertados lo formuló el perseguido escritor indio Salman Rushdie, quien durante años se negó a conocer el monumento. Después de su primera visita al mismo, dijo: “El edificio hizo caer mi escepticismo en pedazos. Mostrándose en persona, insistiendo con la fuerza de su autoridad sencillamente canceló al instante millones de imitaciones y llenó con su esplendor, de una vez por todas, el lugar que en mi mente ocupaban las reproducciones. Y ésta es, en definitiva, la razón por la que el Taj Mahal tiene que ser visto: para recordarnos que el mundo es real, que el sonido es más verdadero que el eco, que el original es más potente que su imagen reflejada en el espejo. La belleza de las cosas bellas es aún capaz, en esta época saturada de imágenes, de superar a las imitaciones. Y el Taj Mahal es, mucho más allá del poder de las palabras para describirlo, una cosa adorable, quizá la más adorable de todas las cosas.” ✕

“El Taj Mahal tiene que ser visto: para recordarnos que el mundo es real, que el sonido es más verdadero que el eco, que el original es más potente que su imagen en el espejo”

© ALDO IVAN